

J. Echevarría
P.O. Box 21632
U.P.R. – Río Piedras
Puerto Rico, 00931

Santiago, 2 de enero de 1971

Mi querido amigo:

Hace algún tiempo presenté a la Fundación Guggenheim una solicitud de beca. Una de las cuatro personas cuyo nombre indiqué a fin de que esta Fundación les solicitara referencias sobre mi mayor o menos solvencia de estudioso y sobre los méritos que pudieran tener mis proyectos de investigación, es Vd. Cumpló, pues, ante todo con el deber de anunciárselo, pues me imagino que pronto recibirá Vd. una carta requiriéndole su opinión. Va, a la vez, una solicitud anexa: le ruego encarecidamente que dé esa opinión con entera franqueza y libertad, sin que en ella pesen consideraciones de amistad; me interesa, en especial, que juzgue mis proyectos de investigación en sus propios posibles méritos, como si fuesen los de un desconocido.

Mi última carta fue, si no recuerdo mal, de fines de 1968. La escribí poco después de mi segundo matrimonio. Recibí una respuesta suya que me conmovió mucho y luego unos artículos para Diálogos que deposité, con sus instrucciones, en poder de Casares. Si me pregunto por qué no le he escrito desde entonces, creo que debo atribuirlo a dos razones complementarias. La primera y menos importante –por lo demás, felizmente superada- fue el modo como mis tareas y luchas decanales me absorbieron en 1968 y 1969: me vi de pronto en medio de un gran conflicto ideológico-político y, a la vez, debiendo participar en una renovación completa de la Universidad de Puerto Rico, la que comenzaba con el ciclo básico de Estudios Generales. Como consecuencia de ese conflicto, el que fuera mi rector fue destituido el 22 de diciembre de 1969; yo renuncié el 31 de ese mes en solidaridad con él. Lo ocurrido después en la Universidad y en Puerto Rico es, a la vez, grave, dramático y pintoresco. Narrárselo ahora me apartaría de lo que desearía expresarle: tal vez lo haga en otra carta o acaso si voy a Bryn Mawr en alguna fecha próxima (Disfruto actualmente de una licencia sabática, pero me reintegraré al Departamento de Filosofía de la U.P.R. a mediados de este mes). La otra razón de mi silencio es más sutil y ha obrado hasta ahora: yo he deseado siempre poder escribirle en un tono alto, en el tono, vale decir, que a Vd. le corresponde. Me parecía trivial escribirle y no aludir a su obra más reciente e importante. Hace sólo unas semanas que he terminado de leer El ser y el sentido; pero no he terminado de pensarlo. El haber sido un tan deficiente y moroso lector suyo –y de otros amigos a quines admiro: José Ricardo Morales, Roberto Torretti, Carla Cordera- me crea una mala conciencia que afecta a mi condición de corresponsal. En el caso suyo, esta mala conciencia está ya en gran medida superada.

Permítame que tome el rábano por las hojas sin perder la esperanza de llegar al trance. En 1952 yo trataba de escribir un libro sobre el tema de la muerte. Cuando lo conocí, Vd. acababa de terminar uno sobre este mismo tema. Aunque el tratamiento era diferente –acaso complementario- la coincidencia me resultó, como Vd. sabe bien, animosa. Ahora bien: a principios de 1966, yo quería escribir ese libro de que le he hablado y que proyecto titular Toma de razón. Me pareció que tal libro debía versar sobre el propio libro: de este modo, no sólo se afirmaría la condición reflexiva del hombre, sino que se daría testimonio de ella en la factura misma del libro que la afirmaba. Alcancé a borrar unas cien páginas, y luego la tarea debió interrumpirse cuando acepté el decanato. Comenzaba por un análisis de la hoja de papel en que estaba escribiendo, la cual me remitía a toda una organización social, económica, jurídica, política y a la postre al mundo natural. Ocurre que, al leer su libro, descubro

que por ese mismo tiempo escribía Vd.: “Estoy escribiendo en una hoja de papel que ha sido fabricada... acarreada... expendida...” etc (pg 21) y también: “El papel en el cual estoy escribiendo, ahí está. Si mucho me empeñara podría ver y palpar los aparejos usados para manufacturarlo. Sin embargo, no está presente del mismo modo el sistema económico que ha hecho posible su producción, distribución venta y consumo, porque...” etc. (p. 22). Creo que hemos coincidido hasta en las palabras empleadas. No deja de ser curioso y hasta un poco aterradorizante... Sin embargo, su libro es ciertamente otro que el que y pienso escribir; otro, ante todo, a mi parecer, ahora que antes. Sin embargo, mi pensamiento ha evolucionado de un modo que, en cierto grado, lo aproxima al suyo. En el libro que presenté como tesis de doctorado, el punto de partida era el cogito. Estaba yo bajo la influencia de Descartes, del Husserl de las Meditaciones e Ideas I, conjugada con la de Bergson. Después me han ocurrido muchas cosas: mi mayor interés por lo social y lo político es una; otra es mi experiencia en el decanato, que me obligaba a tratar de conjugar e integrar los programas de ciencias biológicas y físicas con los de ciencias sociales, los de lenguas y los del curso de humanidades (Ello se refleja en el proyecto de investigación que Vd. tendrá ocasión de examinar). Antes que partir de un “yo existo” puro, me inclino a pensar hoy día como Vd. que debemos partir de la maraña, de “lo que hay”. Le confieso, sin embargo, que me agradaría encontrar tras las cosas reales y como fundamento de ellas esa realidad que, en esta función, rechaza Vd. tan categóricamente (pág. 100). Coincide del todo con su declaración de que “el ser no tiene otra ‘razón de ser’ que la conciencia que de él se posea” (pág. 321). Pero no estoy seguro de si Vd. es siempre del todo consecuente con este pensamiento suyo. En fin, espero escribirle una carta más filosófica y menos subjetiva cuando termine de pensar su libro lo que, como ya se lo he dicho, aún está en curso. No sé de día parte, si este término se dé alguna vez o si su obra sea de aquellas que hay que pensar indefinidamente...

Me agrada mucho el que en la penúltima página de su libro diga Vd.: “Si se piensa en rótulos, es preferible que sena numerosos....” etc. (pág. 322). Permítame decirle lo que me ocurrió con otro libro suyo: La filosofía actual. Descubrí que yo pertenecía a casi todas la “tendencias filosóficas” que Vd. enumera, describe y explica. Quiero decir con ello que soy “idealista” (en el sentido explicado a lo alto de la pág. 21), “realista” (en el sentido indicado en las últimas líneas de la pág. 23), “personalista”, “historicista” (en el sentido descrito al término del primer párrafo de la pág. 31), “pragmatista”, “vitalista”, “fenomenólogo”, “existencialista” (en el sentido de la cita de Copleston, pág. 61) acaso llegue a ser analista del tipo 2 (pág. 78) y soy desde luego, “marxista heterodoxo”. Por ahora, sólo estoy cierto de no ser “neoescolástico” ni “positivista lógico”. De las “actitudes” que Vd. menciona en sus pgs. 101-102, me agradaría tener la “dialéctica”. Por fin, coincidido del todo con lo que afirma Sacristán en la cita con que Vd. termina este libro. Precisamente, el proyecto de investigación I, presentado a la Fundación Guggenheim es una tentativa de llegar a la filosofía por la vía de otras disciplinas y procurando integrarlas. Lo que allí se propone a nivel de educación es, en mi propósito, preámbulo para una eventual Teoría general (filosófica) de las ciencias y las artes. No sé si llegaré a realizarla. Debería poder estudiar mucho y de todo. Me temo que ya no haya tiempo.

Aunque no he recibido carta suya desde hace más de un año, he tenido noticias suyas por vía Ezequiel de Olaso. A juzgar por mi experiencia de situaciones análogas, creo que ha debido Vd. pasar por momentos difíciles y tristes. Espero que esté Vd. ahora tranquilo, sereno y hasta donde es posible feliz; en todo caso hago votar por que así esté o lo siga estando en este año que se inicia. Suyo con un afectuoso abrazo

[Signatura]